

EL IRIS DE PAZ.

REVISTA PSICOLÓGICA Y LITERARIA

ORGANO DE LA FEDERACION ESPIRITISTA PUERTORRIQUEÑA

DIRECTORA Y ADMINISTRADORA:

Agustina Guffain de Doittau.

Por la ignorancia y el fanatismo en que están sumidos algunos seres en nuestro planeta, es que la libertad de conciencia se coarta y oprime.—A. G. de D.

REGISTERED AT THE POST OFFICE AT MAYAGUEZ P.R. AS SECOND CLASS MATTER APRIL 5 1900

¡MORIR!

Hé aquí una palabra que he pronunciado en esta existencia tantas veces, que me sería completamente imposible calcular su número aproximado.

Quizá presintiendo las terribles luchas que había de sufrir, á poco de salir de la infancia, siempre que me encontraba en alguno de los hermosos jardines de mi inolvidable Andalucía, y mi espíritu (serviente adorador de la naturaleza), se extasiaba contemplando los bosquecillos de jazmines, los arcos de triunfo formados con las bellísimas rosas de *pitimini*,

y aspirando con deliciosa fruición el penetrante aroma del azahar, de los lirios y de las azucenas, solía decir á mi madre y á mis jóvenes amigas.

¡Qué bueno fuera morirse aquí!
¡Qué recuerdo tan dulce y agradable se llevaría uno de la tierra!

—¡Qué locura!

—¡Qué tontería!..

—¡Qué romanticismo tan exagerado!—respondían en coro mis oyentes.

Yo me impacientaba y replicaba:
No me comprendéis; es que yo presiento que he de sufrir muchas desgracias, muchísimas, y antes de sufrirlas quisiera morir en uno de estos momentos de felicidad; porque, si es que el alma se despierta *allá*, con servaría recuerdos agradabilísimos, que indudablemente no podría tener

el que se muere dentro de un sombrío y húmedo calabozo ó en el duro lecho de un hospital.

Mis amigas se reían de mis aprensiones, pero su risa no cambiaba mi modo de pensar.

La primera vez que, en una barquilla, crucé las claras ondas del Guadalquivir, fué un día de primavera, nublado y triste como el corazón de una niña al recibir el primer desengaño.

La melancolía de la naturaleza era grata á mi espíritu, muy dado á la contemplación y á esa tristeza dulce que á veces se confunde con la placida calma de la felicidad.

Las horas que pasé en la barquilla me parecieron segundos, y mientras las jóvenes que me acompañaban cantaban *el último suspiro del moro*, yo decía:

—¡Quién pudiera morir ahora!... Si se deja de ser, si nada de lo de *acá* reverbera ó repercute *allá* ¿qué más puede desearse que cerrar los ojos en un paraje delicioso, deliciósimo como éste? Aquí todo es bello: el río tranquilo y transparente; en sus orillas se doblan, al peso de su fruto, los limoneros y naranjos; el cielo, cubierto de blancas nubes, nos abre paso á los ardorosos rayos del sol; y el alma podría dormir su último sueño bendiciendo á la naturaleza que con tanta prodigalidad le ofrece sus encantos. Y continuamente me ha perseguido la tenaz idea de morir en uno de los brevísimos instantes que he gozado de felicidad; nunca en las horas de desesperación. No quería morir odiando y maldiciendo; quería cerrar los ojos llevándome de la tierra un recuerdo dulce, lleno de atractivos y poesía.

Tales fueron las aspiraciones de mi juventud.

Así que entré de lleno en la lucha de la vida y se extinguieron mis vacilantes creencias religiosas, creí que morir era alcanzar el supremo bien, porque se dejaba de sufrir. Con envidia miraba á todos los que morían sin dejar familia, y aun acaricié mucho tiempo la idea del suicidio, admirando á los que ponían fin á su existencia para acabar de una vez con las miserias é ingratitudes del mundo.

Transcurrieron algunos años, y el estudio de la filosofía racionalista, infundiéndome el convencimiento del progreso indefinido del espíritu en las sucesivas fases de una existencia eterna, me hizo pensar de muy distinta manera sobre la conveniencia de la muerte. Yo que tanto he acariciado esta idea, ahora... no quiero, no deseo morir.

Quisiera morir, si la nada fuese una verdad; pero siendo la nada la negación de todo lo existente, y siendo la ley Suprema vida inacabable y progreso ilimitado, ¿á que desear morir, si solo se consigue un cuerpo más ó menos enfermizo, más ó menos útil, más ó menos bello, pero continuando el espíritu, el yo pensante, la inteligencia, esa vibración divina que sentimos animando nuestro ser?

En una breve enfermedad que sufrí últimamente, reflexioné muy á fondo respecto de la conveniencia de morir; y hablando conmigo misma, mientras recorría la mirada las blancas paredes de mi alcoba, exclamaba:

—Si yo dejara ahora la tierra, ¿qué ventajas alcanzaría? Ninguna, absolutamente ninguna. Dejo mi obra incompleta; de las cuatro partes de mi vida, solo una he procurado aprovechar; las otras las he vivido sin vivir, porque no vive el que no estudia, el que no aprende, el que no procura conocerse y desprenderse de sus errores, preocupaciones é impurezas.

Al despertar en el espacio y ver fotografiadas en la eterna luz todas nuestras acciones, deberá quedar el espíritu humillado, abatido, que nada humilla y abate tanto como la contemplación de nuestras debilidades.

¿Qué has hecho durante tanto tiempo... se preguntará el espíritu. Y ceros sin valor irán apareciendo ante sus ojos en la pizarra de la eternidad. A las cantidades negativas que errá oponer algunas positivas; más, para ello le será preciso recomenzar el trabajo. ¿Qué ventaja logra el espíritu con desprenderse de su envoltura?

Si no ha trabajado en su progreso, absolutamente ninguna; porque morir no es sino ver más claro nuestras propias miserias y lamentar, como es consiguiente, el tiempo que hemos perdido. Fuera grata la muerte, si al cerrar los ojos cesaran todas nuestras sensaciones; pero adquiriendo el espíritu más lucidez con el desprendimiento de su envoltura terrestre, la muerte le lleva a un exámen minuciosísimo de conciencia, después del cual puede venir una terrible expiación.

La muerte no existe; querer morir es perseguir un imposible. El espíritu no puede dejar de ser; caer y levantarse, ser vencido y vencer, este es su destino. En el cansancio de la jornada desfallecerá, caerá rendido de fatiga; pero verá allá lejos, muy lejos, un oasis, y volverá a caminar afanoso por llegar al anhelado término.

Ayer ignorando en absoluto las eternas leyes de la vida, exclamaba: ¡quien pudiera morir! Hoy exclamo: Vivamos y aprovechemos la vida para el progreso. Morir es renacer y ver que todo vive, que todo alienta; que la reproducción es eterna; que el pro-

greso no se acaba; que el campo de la ciencia no tiene límites; que el espíritu es inmortal.

AMALIA DOMINGO SOLER



HORAS DE CALMA

La tarde cae. Entre nubes de pálido azul se hunde el sol tras los dilatados horizontes. Las aves cantoras entonan sus últimos arpegios y las primeras estrellas tachonan el firmamento.

La semi claridad que proyectan los moribundos rayos del astro rey y las sombras precursoras de la noche; el mutismo misterioso que se advierte en toda la Naturaleza en esa hora de religiosa quietud; el eco de la campana católica cuyos gemidos se pierden en el espacio, convidando a los fieles a la oración, abismaron a mi espíritu en una meditacion profunda.

Momentos, me dije, momentos son estos de reposo y calma, instantes de quietud suprema, hora en la cual fervientes oraciones se alzan a los cielos, empero, cuantas metrallas hendirán las nubes, cuantos gritos de pesar ó alegría surgirán de algún ejército vencedor ó vencido, cuantos ayes de dolor se escaparán de heridos corazones, allá en los campos de batalla, en donde corren las siniestras y temerosas Parcas.

Una generación de locos y alucinados, alza la fría losa del pasado, arranca a las edades primitivas todos sus horrores y salvagismos y luego los lanza sobre la faz de la presente civilización; proscribiendo de su conciencia las divinas máximas de Jesús: "Amaos los unos a los otros", y de-

vorándose con ensañamiento inaudito, como lo hicieran los antropófagos de la salvaje Taití.

Oh rayos crepusculares que dais el último beso al agonizante día; de cuantas tragedias habreis sido testigos; cuantos charcos de sangre habreis secado, sí, y al amparo de vuestra luz, cuántos crímenes se habrán sucedido.

Estos son, decimos, momentos de calma. El Czar, en esos instantes gustará en su lujoso y cómodo palacio, de exquisitos y sabrosos platos; finísimos y costosos licores apurará con febril ansiedad; lacayos con doradas y relucientes libreas, servirán doblando la cerviz ante su regio señor; probará como buen gastrónomo todos los manjares, en tanto, cuantos soldados hambrientos, tiritando de frío, pálida la color, demacrado el rostro, tristes y pensativos, sangrando por enormes heridas causadas por las armas adversarias; vagando sin rumbo por desconocidos campos, sentirán todas las inquietudes y todos los dolores de la batalla.....

Ruiseñor que cantas en solitaria selva; aves peregrinas que salvais las inmensidades de los mares y del espacio, cuando entoneis vuestras notas bellísimas, rogad á Dios en vuestro idioma, por la salvación del hombre-bestia, por esa generación de locos que inconscientes se lanzan á los abismos de todos los crímenes.

.....
En tanto la noche había tendido sobre la Creación su manto funerario. Las flores abrían sus pétalos para brindar sus purísimas esencias á los viajeros céfiros y en mi interior escuchaba una voz misteriosa que con acento tristísimo me repetía: "Insensato, despierta de tus reflexiones, que todo tiene su límite marcado, y la hora sonará. en que el hombre

cansado del odio, busque el amor, fatigado de la guerra, se entregue en brazos del ángel de la paz; porque al reconocer su siniestro derrotero, oirá la voz de su conciencia que le grita como á otro Caín: Fratricida que has hecho de tu hermano? Y entonces arrepentido de sus hechos buscará la senda que conduce á Dios.

ERNESTO AVELLANET MATTEI.

Para México.

El día 22 se embarcó con dirección á México nuestro muy querido hermano Sr. Lizarry Dasport. Sentimos sinceramente su ausencia, deseando que obtenga un éxito satisfactorio en sus gestiones.

Sociedad de Estudios Psíquicos

Se ha constituido en esta ciudad un Centro que lleva el nombre con que encabezamos estas líneas. Su Director es el apreciable caballero, Dr. D. Benito Gaudier.

Celebraremos que dicha Sociedad persevere en sus trabajos, para que así pueda obtener el fin que se propone.

SUSCRIPCION

á favor del hermano José Medina Nieves.

Suma recaudada hasta hoy.. \$19.12

EL OBRERO

¡Cuándo triunfará su idea!

Vedlo en la social falange
luchar cual tebano atleta
defendiendo á todo trance
de su causa las ideas.
No se rinde ni un momento
en la desigual contienda
que el explotador sostiene
sin razón y sin conciencia,
para mermar los salarios
de sus penosas tareas.

Vedle alegre en el andamio
donde á diario laboréa,
entonando dulces coplas
para mitigar las penas
y los amargos azares
que halla en su lóbrega senda.

Cubre su pecho la blusa,
humedecida la ostenta,
muchas veces desgarrada
y por el polvo cubierta;
siguiendo el triste sendero
que marca su suerte adversa,
con la frente levantada
sin temer la vil afrenta
que pretenda el cruel *Tirano*
lanzar sobre su existencia.

Mas, aunque el *aureo tesoro*
de su lado lo relega
en su noble pensamiento
moral tesoro se encuentra,
y con él á esfuerzos grandes
busca la triste peseta
para cubrir de su lar
la necesidad primera.
¡Cuándo brillará su día!
¡Cuándo triunfará su idea!

Cuántas veces flotar veo
de *Libertad* su bandera,

pabellón que simboliza
la razonable protesta
contra el explotador yugo
que sus salarios estrecha.
Y solo por sus derechos
pedir en tranquila huelga,
la *Ley* (del burgués escudo)
mata el grito de protesta.

Allí en el rico palacio
de soberana presencia
donde mora el caballero
y la noble dama bella,
donde hay mucha servidumbre
y hermosas joyas ostentan,
donde todo resplandece
cual los rayos de Celenia,
puso el *Obrero* sus manos,
manos que la dama bella
y el caballero aristócrata
con orgullo las desprecian.

¡Cuándo brillará su día!
¡Cuándo triunfará su idea!

MANUEL TORRADO MARTINEZ.

Mayaguez Febrero 1905.

Comunicación Espírita

MEDIUM SRA H....

EL ESPIRITISMO Y LA TEOSOFIA

Usted desea, querido amigo, conocer mis impresiones acerca de la Teosofía. Seré un poco menos severo de lo que es usted en juzgarla, pues hay en sus enseñanzas algunas cosas buenas que pueden escojerse.

La Teosofía, si así usted lo quiere,

es como un espejo de mil facetas que multiplica hasta el infinito las concepciones de la verdad, transformada por la imaginación.

Las enseñanzas teosóficas no son accesibles á las masas, ni aún á los espíritus de cierta cultura, pues esas enseñanzas llevan en sí, como erizadas de puntas de agujas, complicados problemas de metafísica.

Es una manera particular de concebir las verdades esenciales descomponiéndolas hasta el infinito. Este género de enseñanza no puede halagar más que á los espíritus amantes de la complicación y del misterio, suponiendo que una verdad, para ser tal, debe arrojarse en una fraseología complicada.

Los orientales tienen una fuerte propensión á exagerar los detalles, sobre todo los indios, cuya vida es blanda y contemplativa; así pues, en sus escritos, sean metafísicos, sean prácticos, hay que saber colocar las cosas en su punto de vista, descartando la parte de exageración.

El Espiritismo, más acercado á la Tierra y menos eterizado que la Teosofía, tiene sobre ésta la ventaja de decir la misma cosa con menos palabras y por lo tanto de ser comprendido por todos y de proporcionar á la mayor parte un consuelo y una enseñanza.

Firmado: *Allan Kardec.*

Por la copia conforme: General H. C. Fix.

(Traducido de "La Tribune Psy-
chique")



Esta interesante novelita, debida á la pluma de Máximo Du Camp, puede considerarse como perteneciente á

la literatura espiritista, siquiera su autor no figure en el número de nuestros hermanos declarados. Du Camp conoce, sin embargo, el Espiritismo, lo conoce perfectamente, y conociólo aún antes de que se divulgase por Allan Kardec. El relato que va á leerse, está escrito en el año de 1847, lo cual prueba una vez más que el Espiritismo es de todos los tiempos.

ALMA ERRANTE

—POR—

Máximo Du Camp

— —

He aquí: yo estoy con vosotros todos los días

San Mateo, xxviii, v. 20.

Conocí en otros tiempos cierto literato que se llamaba Juan Márcos. Era un soñador que gustaba con predilección de las largas cabelleras, de los perfumes y el sol. Como Figaro, ser holgazán era su delicia, y alegre pasaba semanas enteras sin coger la pluma, hablando sólo con sus ideas y contemplando saltar las chispas del fuego. Algunas veces se ponía á trabajar, y entonces, como decirse suele, no se daba punto de reposo.

Una noche, una hermosa noche de primavera cargada de estrellas, yacía sobre su diván, perdido, abismado en algún grato recuerdo de amor, fumando su pipa y revestido de una bata turca, como conviene á un hombre que ha viajado por Oriente. Por las ventanas abiertas penetraban los suaves aromas del campo; las llamas vacilantes de las bujías, se reflejaban en sus arandelas de cristal; abríanse las flores en grandes jarrones, y, sobre una mesa, algunas plumas, recientemente cortadas, se amontonaban.

ban alrededor de un tintero preparado convenientemente con varios cuadernillos de papel blanco. Aquella noche debía empezar una nueva novela.

Había llegado ese terrible momento en que es preciso, con atrevida mano, manchar la virginidad del papel. Preciso era principiar; forzoso era escribir esa primera palabra tan difícil, que muchas veces hace retroceder al más valiente. La razón gritábale: "A la obra" y la fantasía, esa buena hermana en nuestros malos días, murmuraba en su oído: "No me dejes todavía; ven conmigo, iremos los dos á Scio bajo los naranjos en aquella casita de mármol blanco, donde tú deseas esconder tus amores y tu vida. Ven: te llevaré sobre mis alas hasta las estrellas, y verás sus azules y amorosas miradas fijarse sobre ti."

Juan Marcos vacilaba: estaba ya dispuesto á hacer un convenio con su conciencia: iba sin duda á dejar su trabajo para momento de menos fantasía, cuando un ruido singular hizole volver la cabeza. Sobre la mesa se movían las plumas: creyó que algún escarabajo, desviado de las luces, había venido á caer sobre el grupo de plumas del escritorio.

Como tenía muy buen corazón, se levantó para devolverle su libertad; pero quedó pálido é inmóvil ante el extraño movimiento que observó en su mesa. He aquí lo que vió.

Una pluma se levantó del grupo: miróse á la claridad de la bujía: se mojó en la tinta, y empezó á escribir. Hizo un borrón y arrojóse lejos como con ira. Juan Marcos espantado, cayó sobre su asiento. Otra pluma fué á mojarse en el tintero y empezó á correr velozmente sobre el papel. De vez en cuando se detenía como buscando una palabra, borraba otra, y luego seguía. Cuando una hoja de papel

estaba escrita, por sí misma, se separaba para dejar su sitio á otra en blanco; cuando una pluma parecía cansada, dejábase caer sobre el tapete y otra tomaba su lugar. Esto duró largo tiempo. Juan Marcos miraba siempre sin comprender nada. Por fin una pluma, la última, escribió con letras mayúsculas la palabra FIN y la acompañó de un rasgo. Después todo quedó en silencio.

Juan Marcos se tranquilizó; dejó su pipa apagada, que fumaba maquinalmente hacía dos horas; acercóse á la mesa, reunió las hojas escritas, púsolas en orden y, con ojos dilatados por el asombro, leyó lo siguiente:

Soy un alma errante, un alma en pena: vago al través de los espacios, esperando un cuerpo: vuelo con las alas del viento; vivo en el azul del cielo, en el canto de los pajarillos y en la pálida claridad de la luna; soy un alma errante. Soy un alma eterna como lo son todas mis hermanas. Durante mis diferentes existencias, he oído discutir muchas veces á los filósofos sobre nosotros. Los unos decían: El alma es inmortal; otros: El alma no existe. Todos se equivocan; somos eternos. Coexistimos con Dios, de quien somos una emanación esencial. Sólo han sido la voz del Señor, sólo elegidos han sido por El los que han confesado nuestra eternidad.

Desde el instante en que Dios nos separó de sí mismo, hemos vivido varias veces en la tierra, yendo de generación en generación, abandonando sin sentimiento los cuerpos que nos fueron confiados, y continuando la obra de nuestra perfección en todas las existencias por las cuales hemos pasado.

Cuando dejamos ese huésped que tan mal nos sirve, cuando él va á fecundar y renovar la tierra de donde salió; cuando en libertad al fin abri-

mos nuestras alas, entonces Dios nos hace conocer nuestro destino; volvemos la vista hacia nuestras pasadas encarnaciones; buscamos los adelantos que hemos hecho desde el principio de los siglos; comprendemos los castigos y las recompensas que nos corresponden, por alegrías y aflicciones que hemos tenido en nuestras vidas; vemos crecer nuestra inteligencia de nacimiento en nacimiento, y deseamos llegar al estado supremo por el cual dejaremos esta patria inferior para llegar à los planetas más radiantes, donde las pasiones son más elevadas, el amor menos olvidado, la felicidad más duradera, los órganos más desarrollados, los sentidos más numerosos, y cuya estancia está reservada á los *mónadas* que por sus virtudes se han acercado más que nosotros á la beatitud.

Al volver á enviarnos Dios á vivificar algún cuerpo, perdemos toda conciencia de lo que ha precedido á estos nuevos nacimientos. El *yo* que se había despertado, vuelve à dormirse; y ya de nuestras existencias pasadas no queda más que una reminiscencia muy vaga que causa en nosotros las simpatías, las antipatías y á veces las ideas innatas.

No hablaré de todas las criaturas que han vivido su miserable vida de mi aliento; pero en mi última encarnación tuve una desgracia, que de esa si voy á contar la historia.

Antes que mi imprudencia me hubiera hecho perder mi forma humana, vivía entre los hombres y muchos envidiaban mi fortuna, mi juventud y mi felicidad. Una amiga de mi madre tenía una hija, que contaba cinco años menos que yo y se llamaba Margarita. Con ella había yo compartido todas las alegrías de mi infancia. Yo la amaba con esa ternura viva y previsoramente que toma de la paternidad sus

debilidades cariñosas y sus dulces severidades. Tratábala como á una niña mimada, y á veces me tiranizaba algún poco; pero en cuanto se presentaba alguna circunstancia de más gravedad, enseriabame y, por mis razonamientos amistosos, obtenía de ella todos los sacrificios que le pedía. Margarita era ya más que un cariño para mí: era una costumbre. Juntos sosteníamos interminables conversaciones, juntos también, hacíamos mil proyectos para el porvenir; habíamos crecido juntos, y parecíame que así mismo debíamos atravesar la vida; siempre al lado el uno del otro. De este modo fuimos llegando á la juventud. Tenía yo veinte años y Margarita quince. En esta época hice un viaje de cinco meses, y cuando regresé, tan contento de volver á verla, me costó trabajo reconocerla. No era ya aquella niña alegre y juguetona que saltaba y reía conmigo como con un hermano mayor. Era una jóven seria y pálida, cuyos ojos tenían una languidez inefable, y ante la cual me sentía turbado. Asombróme este cambio repentino, porque ignoraba que las mujeres llegan á la gravedad de su sexo de repente y casi sin transición.

(Continuará)

¿ELOISA!

Era esta una virtuosa y bellísima niña que solo contaba dieciseis años; hija amantísima de los apreciables esposos Castro.

Todo le sonreía en el mundo, brindándole encantos y felicidad suma.

Ninguna nube empañaba el cielo de sus ilusiones; ninguna mancha

obscura se dibujaba en el diáfano horizonte de su porvenir.

Pero más allá de ese cielo, más allá de ese horizonte, formada estaba la funesta nube, y destacábase ya la negra mancha como obscuro girón de desgarrado velo, que avanzaba á impulsos del viento de la fatalidad.

Esta infortunada niña salió en coche, del vecino pueblo de Cabo Rojo —lugar de su residencia— con dirección á esta ciudad, acompañada de su señora madre, coincidiendo su paso al atravesar la vía férrea con la llegada del tren, —cuya vía corta por cierto punto la carretera— éste arrolló el carruaje destruzándolo por completo, yendo á caer la desgraciada niña á algunos metros de distancia.

La catástrofe resultó tan rápida como funesta y dolorosa. De allí fué levantado el cuerpo exánime de la tiernísima Eloisa.....

Escribimos bajo la impresión dolorosa del suceso; pero ante estos acontecimientos que parecen obedecer á la ciega fatalidad; ante esos terribles decretos del Eterno Poder invisible que rige el Universo, enmudecemos; toda falta de resignación, puede ser una rebeldía; toda protesta, una blasfemia.

Respetemos esos arcanos, ya que un cenital obscuro oculta las distintas etapas de nuestras existencias anteriores, en las que pudieran encontrarse la clave de todo lo que nos apena; de todo lo que nos horripila.

Rogamos al Todopoderoso, que derrame el bálsamo del consuelo en el corazón de los afligidos padres de la desventurada Eloisa.



Existen en Méjico 66 sociedades Espiritistas llegando á 63,122 el número de sus adeptos.

LOS RAYOS I

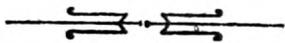
Charpentier consiguió demostrar que el cuerpo humano emite rayos N basándose en el descubrimiento que había hecho de que la fosforescencia de ciertas sustancias se aumenta poniéndose en contacto con un nervio ó músculo, ó lo que es igual el trabajo muscular va siempre acompañado de una emisión más pronunciada de rayos N.

Con ayuda de un sencillo aparato, un tubo de plomo, porque este metal es opaco á los rayos humanos, cerrado por sus extremos por una hoja de papel ó un trapo de seda cubierto con sulfato de calcio fosforescente, es posible observar los diversos centros nerviosos de la corteza cerebral. Poniendo el aparato en contacto con el centro de Broca (el centro de la palabra articulada) mientras el paciente está hablando, se producen variaciones en la luminosidad de la fosforescencia de sulfato de calcio.

En vista del resultado de éste y de otros experimentos, Charpentier se convenció de que había descubierto un nuevo sistema para estudiar la actividad nerviosa y muscular. Pero un profesor italiano, Di Brazza, repitiendo los experimentos de los rayos N, asegura que ha descubierto otros rayos, los rayos I, y que Charpentier no ha hecho más que conjeturar que el cerebro es el centro de la radiación activa. Los rayos I (inicial de Italia) difieren de los rayos N en que pueden pasar á través de sustancias húmedas. Di Brazza observa directa é indirectamente. Para la observación directa aplica una pantalla preparada con una sustancia fosforescente, á la cabeza del enfermo. La pantalla se ilumina débilmente; por un tubo radiográfico encerrado en una caja de madera.

Cuando el sujeto concentra su voluntad aparecen curiosas oscilaciones en la luminosidad de la pantalla en relación con la actividad psíquica del paciente. Cuando éste no concentra la imaginación, la luz no oscila. Los rayos no son emitidos de igual modo por todos los puntos de la cabeza; en la frente y en el centro de Broca son casi insensibles; su intensidad crece en las sienas y en los ojos, y alcanza el máximun de trás de las orejas.

En fotografía deben tomarse precauciones para asegurar la uniformidad del tiempo de exposición (Di Brazza usa un interruptor automático) la sensibilidad de la placa, y las condiciones del revelado. Las placas que usa el inventor son ortocromáticas.



Movimiento espiritista

DE ALEMANIA.

—En Berlín está llamando mucho la atención el médium Machner que, gracias á su notable facultad mediánimica, ha pintado los más curiosos paisajes y originalísimas flores que los espíritus dicen ser de otros planetas.

—No menos interés ha despertado en la misma capital, una notable médium de materializaciones que el Dr. Egberto Muller, en un artículo publicado en el *Deutsche Warte*, la considera como "la reina de los mediums". Los fenómenos que en dieciocho meses de experimentación ha producido, son de la más perfecta nitidez.

DE FRANCIA.

—El infatigable propagandista de

nuestra doctrina, Leon Denis, ha vuelto á reanudar sus conferencias interrumpidas hace poco por la desencarnación de su venerable anciana madre.

Este eminente orador y apóstol abnegado, recorre en triunfo las principales ciudades de Francia recogiendo en todas partes inmarcesibles laureles.

En Tolón y Valence ha conseguido fundar nuevos círculos espiritistas que serán otros tantos focos de irradiación.

—Se ha fundado recientemente en la ciudad de Niza bajo la dirección del ilustrado propagandista profesor C. Moutonnier, una sociedad de Investigaciones psíquicas. El secretario es nuestro cofrade el señor Monteillet director de la *France Revue*.

DE INGLATERRA

La Señora de Esperance, autora de la importante obra titulada *El País de las Sombras*, q. le ha dado tan grande y merecida fama como escritora, es también una médium notable. Ultimamente en Londres, en el Salón de la Alianza Espiritista, dió una conferencia sobre materialización de espíritus en la cual expuso, con un criterio admirable, sus experiencias y observaciones personales de treinta años de estudios sobre el curioso fenómeno de la materialización.

Demostró, según extracto publicado en *Light*, con una evidencia incontestable, la insubsistencia de las interpretaciones theosóficas acerca de las manifestaciones espíritas, asegurando así la legitimidad de nuestras teorías.

